

bras que pronuncia la nodriza de Julieta y el padre de Ofelia, á los que se escandalizan de Beaumarchais y de Regnard en la *Escuela de las mujeres* y en el *Anfitrión*. Pero donde el autor ha creído necesario ser franco, ha creído que debía serlo de su cuenta y riesgo, aunque siempre con gravedad y con mesura, pues le gusta el arte casto, pero no el arte gazmoño.

Hé aquí la obra contra la que el ministerio intentó sublevar tantas preveniciones, acusándola de inmoralidad. El gobierno tenía motivos secretos para concitar contra EL REY SE DIVIERTE la mayoría posible de preocupaciones, y hubiera deseado que el público la ahogase sin conocerla, como para vengar un agravio imaginario; hubiera querido ahogarla como Otelo ahoga á Desdémona; pero como esto no sucedió, Yago tuvo que arrojar la máscara y encargarse de ello. Al día siguiente del estreno se prohibió de orden superior la representación de la obra.

Si por un instante aceptamos la hipótesis ridícula de que en esta ocasión, únicamente el celo por la moral pública mueve á nuestros gobernantes, que, escandalizados al ver el desenfreno de ciertos teatros, desean hacer un escarmiento contra ley y contra derecho con una obra y con un escritor, sería extraña la elección de la obra, y mucho más la elección del autor. En efecto, ¿á quién el poder míope ataca tan extrañamente? A un escritor cuyo talento es discutible, pero no su carácter; á un hombre de bien á toda prueba, sér raro y venerable en esta época; á un poeta á quien indigna la licencia en los teatros, y que hace diez y ocho meses, al susurrarse que iba á establecerse la censura, fué con otros poetas dramáticos á advertir al ministro que viera lo que hacía, pero reclamando en voz alta una ley represiva para los excesos del teatro, á la vez que protestaba contra la censura, como seguramente recordará el ministro. El autor de EL REY SE DIVIERTE es un artista que se ha consagrado al arte, que jamás ha buscado éxitos por medios indignos, y que se ha acostumbrado toda su vida á mirar al público cara á cara; es un hombre sincero, que ha combatido más de una vez por la libertad y contra todo lo arbitrario; que en 1829 rechazó la indemnización que el gobierno de entonces le prometía, por haberle prohibido representar *Marion de Lorme*; y que después de 1830, esto es, después de la

Revolucion de Julio, se negó contra su propio interés á permitir la representación del susodicho drama.

Ahora juzgad con conocimiento de causa: á una parte están el autor y su obra y á la otra el ministerio y sus actos. Después de destruir la supuesta moralidad de esta obra, vamos á señalar el verdadero motivo de prohibir sus representaciones, motivo de antesala de corte y secreto, motivo que no se revela por pudor. Pero ha transpirado ya hasta el público, y como el público lo ha adivinado, no seremos más explícitos. Acaso sea útil á nuestra causa dar á nuestros adversarios ejemplo de cortesía y de moderación, y que los particulares den al gobierno lecciones de dignidad y de prudencia y el perseguido al que le persigue. Nosotros no somos de los que tratan de curar las propias heridas emponzoñando las ajenas. Realmente hay en el tercer acto de este drama un verso en el que la torpe sagacidad de algunos familiares de palacio ha descubierto una alusión, en la que el público ni el autor habían pensado hasta entonces, pero que después de denunciarle como á tal se convierte en sangrienta y cruel injuria. Ese solo verso ha sido suficiente para que el *Teatro Francés* recibiera la orden de no presentar ya á la curiosidad del público la fracesilla sediciosa EL REY SE DIVIERTE. Ese verso, que es un hierro candente, no le vamos á citar, ni aun nos ocuparemos de él en otra parte más que en el último extremo, en el caso de que se coartase nuestra defensa.

No queremos hacer revivir antiguos escándalos históricos, ahorrando en lo posible á una persona de altísima gerarquía las consecuencias de aturdimientos palaciegos. Hasta á un rey puede hacerse la guerra generosamente, y así la hacemos; pero piensen los poderosos lo inconveniente que es tener por amigo al que solo puede aplastar con la censura las alusiones que se le dirigen.

Tampoco sabemos si seremos indulgentes hasta con el ministerio. El gobierno de Julio es un recién nacido, solo cuenta treinta meses de vida, está en la cuna, por decirlo así, y le acometen rabietas infantiles. No merece que se gaste con él mucha cólera viril. Cuando crezca veremos.

Mirando la cuestión desde el punto de vista privado, la confiscación de la obra de que se trata inspira quizás más lástima al autor de este drama que á cual-

quier otro. En efecto, hace catorce años que escribe, y casi todas sus obras han merecido el malhadado honor de escogerse para campo de batalla en cuanto aparecen en la escena. No ha escrito obra que no haya desaparecido más ó menos pronto, moviendo ruido y haciendo polvo y humo. Por lo tanto, cuando dá una obra al teatro, lo que le importa, viendo que no debe esperar que el auditorio se entere el día del estreno, es que obtenga una serie de representaciones. Si el primer día ahoga su voz el tumulto y no puede comprender el público el pensamiento del drama, los días siguientes puede rectificar la impresión del primer día. *Hernani* consiguió cincuenta y tres representaciones, *Marion de Lorme* sesenta y una, pero EL REY SE DIVIERTE, gracias al atropello oficial, solo se representó una vez. El perjuicio ocasionado al autor es considerable, porque nadie es ya capaz de ofrecerle, intacta y bajo el punto de vista en que estaba colocada, esta tercera experiencia dramática, tan importante para él.

Es curioso el momento de transición política en que nos encontramos; es uno de esos instantes de fatiga general, en los que los actos más despóticos son posibles en esta sociedad, tan penetrada de ideas de emancipación y de libertad. Francia corrió mucho y de prisa en 1830, haciendo tres buenas jornadas, tres grandes etapas en el camino de la civilización y del progreso. Ahora hay ya muchos fatigados y que, faltos de aliento, piden que se haga alto, pretendiendo detener á los espíritus generosos que no se cansan y que se empeñan en seguir adelante. Quieren esperar á los rezagados que se quedaron atrás y darles tiempo para que les alcancen. De esto nace un temor singular á todo lo que anda, á todo lo que se menea, á todo lo que habla, á todo lo que piensa. Es situación extraña, fácil de comprender, pero difícil de definir.

En nuestra opinión el gobierno abusa de la predisposición al reposo y del miedo á nuevas revoluciones; nos tiraniza en pequeña escala, y se equivoca para él y para nosotros. Si cree que ahora son indiferentes para los espíritus las ideas de libertad, se engaña; lo que tienen es cansancio, y llegará un día en que se le pida estrecha cuenta de los actos ilegales que acumula contra nosotros de algún tiempo á esta parte. Hace dos años podía temer que se turbase el orden, pero hoy debe temer coartar la libertad. Verdaderamente causa profundo dolor

ver cómo termina la Revolución de Julio: *Mulier formosa suyerne*.

Considerando la poca importancia que tienen el autor y la obra, la medida ministerial de que se trata no debía tener gran importancia. Solo fué un desdichado golpe de Estado literario, que no tiene otro mérito que el de no desempañar la colección de actos arbitrarios que le han precedido; pero si elevamos la cuestión, comprenderemos que aquí no se trata solo de un drama y de un poeta, sino de la libertad y de la propiedad, y las dos están muy interesadas en esta cuestión. Se ventilan, pues, en ella altos y serios intereses, y aunque el autor se vea obligado á entablar este importante litigio por un sencillo proceso comercial contra el *Teatro Francés*, no pudiendo atacar directamente al ministerio, que se ha parapetado detrás del *no há lugar* del Consejo de Estado, espera que su causa aparecerá á los ojos de todo el mundo como una gran causa, el día en que la presente en la barra del tribunal consular, llevando la libertad en su mano derecha y la propiedad en su mano izquierda. El autor personalmente abogará por la independencia de su arte, y defenderá con energía su derecho sin odio á nadie, pero también sin temor. Cuenta con el apoyo de todos, con el auxilio franco de la prensa, con la justicia de la opinión y con la equidad de los tribunales. No duda que triunfará y que se levantará el estado de sitio en la ciudad literaria lo mismo que en la ciudad política.

Cuando el autor reivindique intacta, inviolable y sagrada su libertad de poeta y de ciudadano, volverá pacíficamente á consagrarse al trabajo de toda su vida, del que se le arranca con violencia, y del que no hubiera querido separarse ni un instante. Desde luego tiene que representar su papel político, que, aunque no lo buscó, se vé obligado á aceptar. En realidad el poder que nos atropella no ganará mucho con que nosotros, hombres de arte, abandonemos nuestro trabajo tranquilo y solitario y vayamos á confundirnos, indignados, ofendidos y severos, con el público irreverente y burlesco, que hace quince años vé pasar entre silbidos á pobres diablos políticos, que creen haber edificado un edificio social porque todos los días van y vienen, sudando y jadeantes, á llevar y traer multitud de proyectos de ley desde las Tullerías al palacio de Borbon y desde el palacio de Borbon al Luxemburgo.

30 de Noviembre de 1832.

# EL REY SE DIVIERTE

## PERSONAJES

EL REY FRANCISCO I.  
TRIBOULET.  
BLANCA.  
M. DE SAINT-VALLIER.  
SALTABADIL.  
MAGDALENA.  
CLEMENTE MAROT.

M. DE PIEUNE.  
M. DE GORDES.  
M. DE PARDAILLAU.  
M. DE BRION.  
M. DE MONTCHENU.  
M. DE MONTMORENCY.  
M. DE COSSÉ.

M. DE LA TOUR-LANDRY.  
MADAME DE COSSÉ.  
MADAME BERRADA.  
UN GENTIL-HOMBRE DE LA REINA.  
UN PAJE DEL REY.  
UN MÉDICO.  
Señores, pajes, gente del pueblo.

## ACTO PRIMERO

### M. de Saint-Vallier

Fiesta nocturna en el Louvre.—Sala magnífica y muy alumbrada, que ocupan muchos caballeros y damas en traje de baile.  
—Sirvientes traen y llevan platos de oro y vajilla de esmalte.  
—Grupos de damas y caballeros.—La fiesta toca á su fin.—El alba blanquea ya las vidrieras.—La arquitectura, los muebles y los trajes son del gusto del Renacimiento.

### ESCENA PRIMERA.

EL REY, vestido como lo retrató el Ticiano, y M. DE LA TOUR-LANDRY.

EL REY. Me propongo seguir hasta el fin esta aventura, conde; indudablemente es mujer de oscuro linaje, de la clase media, pero encantadora.

LA TOUR. ¿Y la encontráis en la iglesia?

REY. En San German, donde voy todos los domingos.

LA TOUR. ¡Pues la estais encontrando ya dos meses!

REY. Sí.

LA TOUR. Y dónde vive?

REY. En el callejon de Bussy.

LA TOUR. Cerca del palacio de Cossé.

REY. Sí, cerca de sus altas paredes.

LA TOUR. Y la perseguís, señor?

REY. La persigo inútilmente, porque siempre vá con ella una vieja adusta que la vigila.

LA TOUR. De veras?

REY. Lo curioso es que por la noche entra en la casa un hombre misterioso, embozado en la capa.

LA TOUR. Pues haced vos lo mismo.

REY. No es eso muy fácil.

LA TOUR. Cuando vuestra majestad sigue á la dama, ¿notais en algo que os corresponda?

REY. Por ciertas miradas comprendo que no le inspiro odio.

LA TOUR. Sabe que la ama el rey?

REY. No, porque yo la sigo distraído.

LA TOUR. Entonces...

Entran TRIBOULET y muchos señores.

REY. (A LA TOUR.) Vienen, mucho silencio. En amor hay que saber callar para conseguir. (A TRIBOULET, que ha oído estas últimas palabras.) No es verdad?

TRIBOULET. El misterio es la única envoltura donde las intrigas amorosas están seguras.

### ESCENA II.

EL REY, TRIBOULET, M. DE GORDES y muchos caballeros. EL REY contempla un grupo de damas que pasan.

LA TOUR. Es divina la señora Vendome.

GORDES. No lo son menos la de Alba y la de Montchevreuil.

REY. Pero la de Cossé las aventaja á todas.

GORD. Bajad la voz, señor, que su esposo lo está oyendo.

Indicándole á M. Cossé, que pasa por el fondo.

REY. Nada me importa.

GORD. Irá á decirselo á Diana.

REY. Que vaya!

Vá al fondo á hablar con otras damas que pasan.

TRIB. (A GORDES.) Acabará por enojar á Diana de Poitiers, á la que no vé hace ocho dias.

GORD. ¿Si querrá remitirsela á su marido?

TRIB. Creo que no.

GORD. Ha pagado el perdón de su padre y en paz.

TRIB. A propósito de Saint-Vallier: ¿qué capricho tuvo ese viejo estafalaro de casar su hija Diana, que es hermosa y angelical, con un senescal jorobado?

GORD. Porque su padre es un viejo loco. Me encontraba yo al pié del cadalso en el momento mismo en que el rey le perdonó, y le oí decir estas palabras: "Dios guarde al rey!" Pero ahora está loco de remate.

REY. (A MAD. DE COSSÉ.) ¿Sois tan cruel que vais á partir?

MAD. COSSÉ. (Suspirando.) Voy á Soissons, donde me lleva mi esposo.

REY. ¿No es lástima que cuando vuestros hermosos ojos inflaman los corazones de los grandes señores de Paris, cuando deslumbráis en la corte con el resplandor de vuestra hermosura, os vayais como astro humilde á brillar en un cielo de provincia, despreciando señores y príncipes?

MAD. COSSÉ. Calmaos.

REY. Es original capricho apagar la luz en medio del baile. (Entra M. Cossé.)

MAD. COSSÉ. Aquí viene mi celoso. (Se aparta del REY.)

REY. El diablo se lo lleve! (A TRIBOULET.) (No por eso he dejado de echar muchas flores á su mujer.) ¿Te ha enseñado Marot los últimos versos que he compuesto?

TRIB. No leo nunca vuestros versos: los versos de los reyes siempre son malos.

REY. Eres muy chusco!

TRIB. Dejad que escriba versos la plebe... Vos cortejad á las mujeres hermosas y Marot que las dedique coplas.

REY. Si no estuviera viendo ahora á Mad. de Coislin, mandaba que te dieran azotes.

Corre hácia la COISLIN, á la que dirige algunas galanterías.

TRIB. (Todas le gustan!)

GORD. Mira en aquella puerta á la Cossé. Apuesto cualquier cosa á que vá á dejar caer un guante para que el rey lo recoja.

TRIB. Observemos.

MAD. DE COSSÉ, que vé con despecho que el REY habla con la COISLIN, deja caer el ramo que lleva en la mano; el REY lo recoge y entabla con la dama un diálogo al parecer tierno.

GORD. No te lo dije?

TRIB. Sí, sí; la mujer es un diablo perfeccionado.

El REY besa la mano á la dama; mientras habla, entra su esposa por la puerta del fondo. M. DE COSSÉ se detiene mirando el grupo que forman su esposa y el REY.

GORD. El marido!

MAD. COSSÉ. (Separémonos.)

TRIB. ¿Qué vendrá á hacer aquí ese barrigudo?

COSSÉ. (Qué se estarían diciendo?)

LA TOUR. (A COSSÉ.) ¿Sabeis que vuestra esposa es bellísima?

GORD. (A COSSÉ.) ¿En qué estais pensando? Por qué mirais de reojo?

TRIB. ¿Por qué estais tan cariacontecido? (Suelta éste una carcajada y dá las espaldas al desdichado marido, que se vá furioso.)

REY. A mi lado, Hércules y el mismo Júpiter Olímpico son fátuos ridículos. Estoy entre mujeres bellísimas y soy dichoso. Y tú? (A TRIBOULET.)

TRIB. Yo? Yo estoy entre bastidores y me rio de la funcion; vos gozais y yo critico. Vos sois dichoso como rey y yo como jorobado.

REY. (Mirando á M. de Cossé, que acaba de entrar.) Solo ese agua la fiesta. Qué te parece?

TRIB. Un mentecato.

REY. Excepto ese celoso, todo lo demás me gusta, Triboulet; soy muy dichoso y es cosa excelente vivir.

TRIB. Ya lo creo, señor; estais ébrio!

REY. Allá á lo lejos descubro los hermosos ojos y los bellísimos brazos...

TRIB. De la señora de Cossé?

REY. Sí, ven: me guardarás las espaldas.

### ESCENA III.

GORDES, PARDAILLAU, PAJE, VIC, CLEMENTE, MAROT, AYUDA DE CÁMARA DEL REY. Despues PIEUNE. De vez en cuando COSSÉ se pasea sério y pensativo.

MAROT. Qué se dice por ahí?

GORD. Nada... que la fiesta es magnífica y que el rey se divierte.

MAROT. Pues que el rey se divierte es una gran noticia.

COSSÉ. Gran desgracia, digo yo, porque es peligroso que el rey se divierta. (Pasa adelante.)

GORD. Ese pobre gordinflon lleva la muerte en el alma.

MAROT. Parece que el rey acosa mucho á su mujer.

Entra M. de PIEUNE.

GORD. Aquí está nuestro duque.

PIEUNE. (Con misterio.) Noticia, amigos míos. Oid una cosa capaz de marear á cualquiera; oid una noticia risible, admirable, inverosímil...

GORD. Qué noticia?

PIEU. Silencio! Venid aquí, Marot!

MAROT. Qué hay, señor?

PIEU. Que no creia que érais necio!

MAROT. Por qué lo decís?

PIEU. He leído en vuestra composicion sobre el sitio de Pesquiere que decís á Triboulet: "Loco de cabeza desmochada, tan necio á los treinta años como el dia en que nació." Repito que sois un necio.

MAROT. Que me maldiga Cupido si os comprendo.

PIEU. Pues que os maldiga. Amigos míos, adivinad si podeis el caso extraordinario que le ocurre á Triboulet.

PARDAILLAU. Se le ha caído la joroba? COSSÉ. ¿Le han nombrado condestable?

MAROT. ¿Le han servido asado en la mesa?

PIEU. Algo más gracioso que todo eso. Si es increíble! Tiene...

GORD. Un desafío con Gargantúa?

PIEU. No.

PARD. Un mono más feo que él?

PIEU. No.

MAROT. El bolsillo lleno de escudos?

PIEU. Apuesto ciento contra diez á que no lo adivináis. Triboulet el bufon tiene algo exorbitante, que es...

MAROT. Una joroba.

PIEU. No, una querida.

Todos se echan á reir.

MAROT. Qué chistoso está el duque!

PARD. Es una noticia muy graciosa!

PIEU. Señores, os juro que os he de enseñar la casa de la dama. Todas las noches vá allí, embozado en la capa, con aspecto sombrío y altivo, como un poeta en ayunas. Al rondar yo cerca del palacio de Cossé he descubierto este secreto y os suplico que lo guardéis.

MAROT. ¡Triboulet transformado por la noche en Cupido!

PARD. Triboulet tiene una mujer!

(Riendo.)

Todos se rien.

¿Sabeis decirme por qué el rey sale todos los dias al oscurecer y solo en busca de aventuras?

PIEU. Vic nos dirá eso.

VIC. Lo único que puedo afirmar es que el rey se divierte.

COSSÉ. No habléis de eso!

VIC. Pero no sé á qué parte el viento empuja sus caprichos, ni si sale de noche disfrazado, ni si entra ó no por alguna ventana; no estando casado, amigos míos, eso no me importa.

COSSÉ. (Moviendo la cabeza.) Los veteranos en la corte, señores, saben que el rey toma en casa agena cuanto le place. Debe guardarse de él el que tenga hermana, esposa ó hija. El poderoso que está de buen humor no piensa más que en perjudicar, y hay motivos para temerle; la boca que rie enseña los dientes.

VIC. (Bajo á los otros.) ¡Qué miedo tiene al rey!

PARD. No le tiene tanto su mujer.

MAROT. Por eso se espanta el marido.

GORD. No teneis razon, Cossé. Es conveniente que el rey se mantenga alegre, contento y que sea pródigo.

PIEU. Soy de tu opinion, conde. El rey que se fastidia es como una doncella vestida de negro ó como un verano lluvioso.

PARD. O como un amor sin querellas.

MAROT. El rey viene hácia aquí con Cupido Triboulet.

Entran el REY y TRIBOULET. Los cortesanos se apartan respetuosamente.

### ESCENA IV.

Dichos, el REY y TRIBOULET.

TRIB. (Continuando una conversacion.) Es una rara monstruosidad que haya sábios en la corte.

REY. Eso puedes decirselo á mi hermana la reina de Navarra, que quiere rodearme de sábios.

TRIB. Debo decirlos, señor, que he bebido menos que vuestra majestad, por lo que para juzgar con acierto de las causas y de los resultados de todo os llevo una ventaja, ó por mejor decir, dos: no estar alegre y no ser rey. Antes que

sábios, señor, traed aquí la peste y la fiebre amarilla.

REY. Poco me halaga ese consejo.

TRIB. Porque vuestra hermana os aconseja mal al decirnos que traigais sábios; no os hace falta más que lo que tenéis; placeres, poder, conquistas y mujeres aéreas que perfumen vuestras fiestas.

REY. Mi hermana Margarita me dijo una noche en voz baja que las mujeres no me satisfarán siempre, y que cuando me hastie de ellas...

TRIB. ¡Es una absurda medicina recetar sábios al que se hastia! Ya sabéis que la reina Margarita está siempre por los remedios radicales.

REY. Pues bien, no traeré sábios; traeré cinco ó seis poetas...

TRIB. Señor, si yo fuera lo que sois vos, tendría más miedo á un poeta que teme Belcebú á un hisopo rociado con agua bendita.

REY. Cinco ó seis nada más.

TRIB. Cinco ó seis es tener una academia. Nos basta con Marot para envenenarnos á todos.

MAROT. Muchas gracias.

TRIB. Las mujeres, señor, son lo único bueno que hay en el cielo y en la tierra; y ya que poseéis las que se os antojan, no volvais á acordaros de los sábios.

REY. No creas que esa idea me roba el sueño.

*Se rie el grupo de los cortesanos que está en el fondo.*

Creo que aquellos galanes se rien de tí.

TRIB. Creo que se rien de otro loco.

*Se acerca á ellos el bufon y luego vuelve hácia el REY.*

REY. De quién se rien?

TRIB. Del rey.

REY. Y qué dicen?

TRIB. Que sois un avaro, y que los favores y el dinero van á parar á Navarra; que no haceis nada por ellos.

REY. Veo que están allí Montchenu, Brion y Montmorency.

TRIB. Pues esos son los que murmuran.

REY. Son insaciables: al uno le nombré almirante, al otro condestable y á Montchenu mayordono de palacio. ¡Todavía no están contentos!..

TRIB. Todavía con justicia podríais proporcionarles algo.

REY. Qué?

TRIB. La horca.

PIEU. (A los tres aludidos.) ¿Habeis oido lo que dice Triboulet?

BRION. Sí,

MONTM. Me la pagará.

MONT. Es un miserable.

TRIB. Señor, debéis encontrar en el alma un vacío, que debe causar no tener á vuestro alrededor una mujer cuyas miradas os digan que no, pero cuyo corazón os diga que sí.

REY. Qué sabes tú de eso!

TRIB. Que nos amen corazones deslumbrados no es ser verdaderamente amados.

REY. ¿Qué sabes tú si hay ó no hay mujer que me ame por mí mismo?

TRIB. Sin conoceros?

REY. Sin conocerme. (No comprometeré á mi beldad del callejon de Bussy.)

TRIB. Es villana?

REY. Por qué no?

TRIB. Desconfiad de las villanas y no os arriesgueis á amarlas. Los hombres de esta clase suelen ser feroces romanos, que en cuanto se pone la mano en su tesoro, nos dejan en la mano las señales; los locos y los reyes debemos concretarnos á las esposas y á las hermanas de los cortesanos.

REY. Me daría por satisfecho con conseguir el cariño de la señora de Cossé.

TRIB. Tomáosle.

REY. Eso es fácil de decir y difícil de lograr.

TRIB. Robémosla esta misma noche.

REY. Y el conde?

TRIB. Le encerraremos en la Bastilla.

REY. Oh, no!

TRIB. Pues para que no se queje, ascendele á duque.

REY. Es celoso como un plebeyo y rechazaría el título.

TRIB. Es un hombre que nos incomoda mucho, porque no se puede pagarle ni desterrarle.

*M. DE COSSÉ, que se ha acercado por detrás, escucha la conversacion. TRIBOULET se dá una palmada en la frente y dice con alegría:*

Hay un medio sencillo, cómodo y fácil, que no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Cortarle la cabeza.

*M. DE COSSÉ retrocede asustado.*

Finjamos que está metido en una conspiracion con España ó con Roma.

COSSÉ. Jorobado de Satanás!

REY. (Riendo, halagando á COSSÉ.) Por mi fé de caballero, qué has dicho? ¿Cortarle la cabeza?

COSSÉ. Cortarme la cabeza!

TRIB. Y qué?

REY. (Bajo.) No le desesperes.

TRIB. Qué diablos! ¿Para qué sirve

ser rey, si no puede satisfacer el menor capricho?

COSSÉ. (Estoy consternado.) Yo te castigaré, tunante.

TRIB. No os temo. Me rodean poderosos, á los que hago la guerra, y la hago impunemente, porque todo lo que puedo arriesgar es una cabeza de loco. Lo único que temo es que la joroba me entre en el cuerpo, ó que me caiga en la barriga, como á vos, porque me afearía mucho.

COSSÉ. (Echando mano de la espada.) Miserable!

REY. Deteneos, conde. Ven, bufon.

GORD. El rey se desternilla de risa.

PARD. Poco necesita para eso.

MAROT. Es muy curioso un rey que se divierte.

*En cuanto se alejan el REY y el bufon, se acercan los cortesanos al proscenio y persiguen á TRIBOULET con miradas de odio.*

BRION. Venguémosnos del bufon.

TODOS. Sí, sí.

MAROT. Está acorazado y no sé por dónde le podemos herir.

PIEU. Yo os lo diré. Todos tenemos con él algun resentimiento y todos nos vengaremos. Esta tarde al anoecer acudid armados al callejon de Bussy, junto al palacio de Cossé... y no hablemos ya más de él.

MAROT. Ya comprendo.

PIEU. Estamos de acuerdo?

TODOS. Sí.

PIEU. Vienen, silencio!

*Vuelven TRIBOULET y el REY rodeado de damas.*

TRIB. (¿A quién jugaré una mala pasada? Al rey?)

*Entra un ujier.*

UJIER. (Bajo á TRIBOULET.) Un anciano vestido de negro, que dice que se llama Saint-Vallier, desea ver al rey.

TRIB. ¡Pardiez! déjale entrar. Que entre, que dará aquí un buen escándalo.

*Ruido y tumulto en la puerta principal del fondo.*

UNA VOZ. (Dentro.) ¡Quiero hablar al rey!

REY. Quién se atreve á tanto?

VOZ. Quiero hablar al rey!

*Un anciano vestido de luto se abre paso y se presenta delante del REY; los cortesanos, sorprendidos, se apartan.*

## ESCENA V.

Dichos y SAINT-VALLIER.

VALLIER. Vengo á hablaros. (Al REY.)

REY. Caballero de Saint-Vallier!

VALL. Efectivamente, ese soy yo.

*El REY, colérico, dá un paso hácia él; el bufon le detiene.*

TRIB. Permitidme, señor, que yo le eche un discurso. (Tomando una actitud dramática.) Monseñor, habeis conspirado contra Nos, y Nos, como rey bondadoso y clemente, os hemos perdonado. ¿Por qué deseais ahora tener nietos, hijos de vuestro yerno, que está mal conformado, que es tuerto, velludo, descolorido, y que tiene tanta barriga como M. Cossé y tanta joroba como yo? El que vea á su lado á vuestra hija, de seguro se burlará de él. Si el rey no interviniera en este asunto, seriais tan desgraciado que tendríais nietos deformes, ridículos, barrigudos como este caballero y jorobados como yo.

*El señor Cossé está sumamente indignado; los cortesanos aplauden al bufon y rien á carcajadas.*

VALL. (Sin mirar al bufon.) ¡Eso es un insulto más!—Escuchadme, señor, como debéis, ya que sois rey.—Un dia me hicisteis conducir descalzo á la plaza de la Grève, y al ir á subir á la horca me enviasteis el perdon: os bendije entonces, ignorando lo que en su fondo ocultaba vuestro perdon, ignorando que en él escondíais mi deshonor. Sin respetar á una raza antiquísima, á la raza de los Poitiers, noble desde hace mil años, mientras yo regresaba de la Grève, rogando á Dios que os concediera muchos años de vida, vos, Francisco de Valois, sin temor, sin piedad y sin pudor, deshonrásteis y envilecisteis á Diana de Poitiers, condesa de Brezé. Mi casta Diana, mientras yo esperaba la muerte, corria al Louvre á comprar mi perdon; y el rey, consagrado caballero por Bayardo, puso precio á su honor, y el tablado horrible que levantó el verdugo aquella mañana tenia que servir de patíbulo al padre ó de lecho á la hija. ¡Oh, Dios, que nos juzgais! ¿Qué os pareció desde el cielo ver revolcarse, ensangrentada y súcia, la lujuria real disfrazada de clemencia?... Mal obrásteis, señor: en buen hora que me hubierais sacrificado; sabiendo que yo pertenecía al bando del Condestable, merecia castigo y me resignaba á sufrirlo; pero sacrificar á una jóven inocente y tímida, es una hazaña impía que ha de castigar el cielo. El padre os pertenecía, pero la hija no. ¿Soy acaso ingrato porque no me resigno á aceptar vuestro perdon? Si en vez de abusar de Diana hubierais entrado en mi calabozo á proponermelo, os hubiera contestado: "Matadme, pero respetad á mi hija y respetad mi honor. Prefiero la muerte á la afrenta; aunque tambien es decapitar á un cristiano, á un conde y á un caballero, arrebatarle el honor." Esto os